

DON PEDRO REGALADO VIDELA

CIRUJANO DE LA "COVADONGA"

Por

Alfonso LOPEZ Mc Cabe
Contraalmirante, Armada de Chile



DESDE TODOS conocida la muerte del cirujano 1º de la "Covadonga", don Pedro Regalado Videla; sin embargo hay rasgos de su vida y de su actuación, en el corto período en que permaneció embarcado en nuestra Armada, que se han mantenido totalmente ignorados, no sólo para los miembros de la Institución, sino incluso para quienes militamos en el Servicio de Sanidad de la Armada.

En mayo de 1974, con motivo de conmemorarse el nonagésimo quinto aniversario de los combates navales de Iquique y Punta Gruesa, la Sociedad Chilena de Historia de la Medicina, presidida por el Dr. Leonidas Aguirre Mac Kay, dedicó una de sus sesiones, para rendir un homenaje al cirujano de la "Covadonga", herido de muerte en esa primera acción bélica de nuestra Marina, al iniciarse la Guerra del Pacífico el año 1879.

El orador de fondo de esa reunión, fue el Dr. Gustavo Monckeberg Balmaceda, autor de una interesante monografía sobre don Pedro Regalado Videla.

De esa publicación y de la versada disertación del conferenciante, hemos obtenido la mayor parte de los datos históricos que resumimos a continuación:

Nacido en Andacollo, el 14 de agosto de 1854, pasa sus primeros años en su pueblo natal, dejando su casa paterna, para ingresar al liceo de La Serena el 5 de marzo de 1865.

Durante sus estudios humanísticos fue un alumno distinguido, como se desprende de sus calificaciones escolares, que aparecen detalladamente consignadas en el trabajo histórico a que hemos hecho referencia.

A comienzos de 1871, después de los exámenes de rigor cumplidos en Santiago, obtiene el grado de Bachiller en Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile y con dicho título ingresa a la Escuela de Medicina de esa Universidad, la única que por esa época existía en el país.

Dicha Escuela de Medicina funcionaba por entonces anexa al viejo Hospital San Juan de Dios de Santiago, en el mismo edificio que ese plantel hospitalario

ocupara hasta hace sólo unas décadas, haciendo esquina entre la Alameda de las Delicias y la calle San Francisco, de esa ciudad.

En esta primera Escuela de Medicina, le cupo en suerte ser discípulo de esa pléyade de notables profesores formados por Sazié, Grajales, Cox y Blest, forjadores del prestigio médico nacional, que por muchos años fuera señero, no sólo en Latinoamérica, sino que incluso en otros continentes, entre quienes se destacaba el Dr. José Joaquín Aguirre, sabio creador de una brillante tradición docente, que permanece hasta nuestros días.

En marzo de 1879, finalizados exitosamente sus estudios universitarios y aprobada su Memoria de Prueba por el Proto Medicato, se le otorga el título de Licenciado en Medicina.

Dicha Memoria de Prueba versa sobre la "Rabia", enfermedad incurable, en que el afectado moría indefectiblemente, tras una prolongada y dolorosa zgonía, cuyos síntomas describe en ella en forma por demás acuciosa, que lo revelan como un observador clínico, superior para su época.

En esa Memoria de Prueba llega a esbozar ensayos terapéuticos, que analizados a la luz de los conocimientos actuales, tienen una sólida base farmacológica y una clara concepción respecto a su etiología, todavía desconocida en aquellos años.

El 14 de abril de 1879, el flamante licenciado en Medicina debía recibir su título de médico cirujano, faltándole solamente la formalidad de prestar el juramento de rigor ante el Claustro Pleno de la Universidad.

Ese día tan ansiado, por el que tanto se esforzara, no llegó jamás para Pedro Regalado Videla, pues el 5 de abril de 1879 estalló la guerra con Perú y Bolivia y sin esperar siquiera lo necesario para ver materializados sus sueños de toda su vida, ofreció de inmediato sus servicios a la Armada, que por esos días requería con urgencia médicos para dotar los buques de su escuadra.

Destinado a la "Covadonga", al mando en esos momentos del capitán Arturo Prat Chacón, se manifiesta decepcionado ante sus compañeros, porque esti-

ma que en ese buque viejo y maltrecho, no tendría ocasión de entrar en combate con el enemigo y no se le presentaría la oportunidad de servir a su patria, en la forma que anhelaba hacerlo, en una situación como la presentada en esos instantes.

Aunque equivocadamente, no dejaba de tener razón en cuanto pensaba y sólo pudo resignarse a su mala suerte, una vez que comprendió que la disciplina es la base de cualquier acción de guerra, sea cual sea la labor que se desarrolle, por insignificante que ella pueda parecer.

En sus cartas fechadas en Iquique el 16 y 17 de mayo de 1879, dirigidas a su compañero de curso don Juan J. Barriga y a su profesor de Medicina don Wenceslao Díaz, describe sus impresiones como médico embarcado, relata su viaje de Valparaíso a Iquique con otros buques de la escuadra, habla de su comandante y compañeros de cámara y hace interesantes observaciones relativas a sus primeros días como oficial de Marina.

A su amigo y compañero Manuel J. Barriga, le cuenta la rutina diaria que debe seguir como médico del buque, le relata y le explica algunos movimientos tácticos que han hecho durante ese día las demás unidades de la flota, que se encuentran bloqueando la bahía de Iquique, le hace una descripción del puerto y le dice que después de Valparaíso, es el mejor que ha conocido.

A su profesor de Medicina y decano de esa Facultad Universitaria, don Wenceslao Díaz, le hace comentarios parecidos, le cuenta incidentes del bloqueo y de escaramuzas habidas entre los buques chilenos y tropas enemigas estacionadas en tierra, haciéndole referencias de sus alumnos que están sirviendo como médicos de la escuadra, entre quienes menciona a Manuel F. Aguirre, Pedro O'Ryan, Víctor Alcérreca, Ildefonso Núñez, Cornelio Guzmán y David Tagle Arrete, además de Alejo Scherbakoff y Eduardo Wagner, que, según se deduce de sus palabras, pertenecían con anterioridad a la Institución.

En esta misma comunicación le refiere la falta de instrumental quirúrgico y de otros elementos terapéuticos de que adolecen los buques que integran la escuadra bloqueadora.

Refiere que todos se manifiestan optimistas, contentos y entusiastas, aunque no dejan de envidiar a Scherbakoff y a Tagle Arrate, que cuentan con los mejores elementos para cumplir su cometido, porque como médicos de los blindados, tienen una enfermería y una botica bien provistas.

Cuenta por su parte que dispone de pocos medios en su buque, le falta un aparato de Esmarch, que tiene un solo torniquete, sólo 500 gr. de cloroformo y que no tiene pinzas para la extracción de balas.

Relata finalmente que los cirujanos embarcados han tenido una reunión en el buque insignia, acordando el tipo y cantidad de medicamentos necesarios en cada unidad, los instrumentos más indispensables que requieren y que han procedido a recabar del Gobierno el envío de otro cirujano para cada buque, así como el nombramiento de un cirujano mayor, capaz de resolver las tantas dudas que se les pueden presentar en una emergencia, dada la escasa práctica que ellos poseen.

Cuenta que esta petición la han elevado a través del cirujano mayor de la Armada, don Francisco Javier Villanueva, sobre el que por nuestra parte, podemos agregar que era un cirujano naval de amplia y reconocida experiencia, que se venía desempeñando en nuestra Marina desde los tiempos de la guerra contra la Confederación Perú-boliviana, donde le cupo una brillante participación.

Habla de los transbordos de comandantes hechos ese mismo día y del zarpe al norte del almirante Williams con los blindados y otros buques de la escuadra, con lo que el bloqueo de Iquique queda reducido a la presencia de la "Esmeralda" al mando del capitán Prat y de la "Covadonga" bajo las órdenes del capitán Condell.

Como un paréntesis en este relato, vale la pena referir un episodio que revela el temple patriótico de Pedro Regalado Videla.

El Dr. Federico Puga Borne cuenta que cuando se pidió a la Facultad de Medicina y a la Sociedad Médica de Chile solicitaran médicos y estudiantes de Medicina voluntarios para ocupar los cargos que tanta falta hacían en la escuadra, don Pedro Regalado Videla llegó al día si-

guiente rebosante de alegría portando en sus manos una carta autorización de su padre para ingresar a la Armada.

"Me voy, me voy —decía—, de cirujano de Marina y me voy sastifecho y orgulloso, pues acabo de recibir de mi padre el permiso necesario para morir por mi querido Chile".

Los detalles de los combates navales de Iquique y Punta Gruesa son sobradamente conocidos para repetirlos, y sólo nos limitaremos a referir la participación directa que le cupo a don Pedro Regalado Videla en el curso del combate en que tan gloriosamente entregara la vida por su patria.

Según las informaciones de quienes participaron en esa acción de guerra, el cirujano de la "Covadonga" permaneció en cubierta hasta las 9 A.M. de ese día, bajando a dicha hora al entrepuente, donde había instalado el puesto de enfermería de combate.

Desciende de la cubierta del buque, por una escotilla sin escala y al hacerlo, ayudado por el guardiamarina Sanz y un marinero que lo sostenía desde abajo, una bala de cañón del "Huáscar", la única que toca a la "Covadonga" en ese día, atraviesa la nave de banda a banda, llevándose a su paso los dos pies del cirujano, y matando al mismo tiempo al marinero que le prestaba ayuda.

La herida producida por la bala, al amputarle ambas piernas, ocasiona una copiosa hemorragia que con el correr de las horas lo lleva a la anemia aguda, al shock y a la muerte.

Quiso la fatalidad que nadie pudiera brindarle en esas circunstancias el cuidado científico que correspondía, ya que a bordo, sólo él tenía la preparación suficiente para hacerlo.

Hay que recordar que incluso en esos años, un herido de guerra, con lesiones similares a las recibidas por el cirujano Videla, aunque mutilado, tenía muchas posibilidades de sobrevivir, siempre que hubiera alguien que supiera hacer una ligadura oportuna de los vasos que sangraban.

Desde la enfermería el herido fue trasladado a su camarote, donde intenta dar instrucciones a sus asistentes, para que procuren cohibir la hemorragia que lo desangra, pero los intentos que éstos

realizan, resultan todos infructuosos y después de una prolongada agonía, fallece finalmente a las 10.00 P.M. habiendo transcurrido 13 horas desde que recibiera la herida que lo llevara a la muerte.

Durante todo este tiempo, pese a sus dolores y al agotamiento progresivo que le va provocando la hemorragia, se mantiene alerta respecto a cuanto está ocurriendo y pide repetidamente que lo informen sobre el curso del combate que sabe está manteniendo su buque con la fragata "Independencia", que trata de alcanzarlo y destruirlo.

Al serle comunicada la hábil maniobra de Condell, que origina la varadura de la "Independencia" y su posterior rendición al buque chileno, se hace llevar hasta una claraboya y con el orgullo de quien sabe que ha sido herido de muerte, pero no vencido, exclama: "Muero feliz, pues la causa de Chile sigue incólume, en manos de chilenos, que al igual que yo, están dispuestos a entregar sus vidas en defensa de su Patria".

Poco antes de morir, manifiesta sus postreros deseos a los oficiales que se hallan junto a él en sus momentos finales: "Digan a mi madre, que mi último pensamiento ha sido para ella y entiérrenme con el anillo que llevo puesto en mi dedo".

El anillo a que se refería el cirujano Videla antes de morir, era su argolla de compromiso con la señorita María Mercedes Videla, prima suya, fallecida pocos meses antes en Bolivia, donde su padre desempeñaba un cargo diplomático en representación de nuestro gobierno.

Mientras se perdía la "Independencia" y cundía la alegría en la tripulación chilena, el comandante Carlos Condell bajó a ver al herido que moría en su camarote y pese a su temperamento enérgico y aguerrido, de sus ojos se desprendieron lágrimas de sentimiento, al ver como se iba agotando la vida del héroe y del caballero, que voluntariamente había llegado como cirujano del buque de su mando.

Los heridos de la "Covadonga" y los cadáveres del cirujano Videla y de los 2 marineros muertos durante las acciones

entre la "Covadonga" y la "Independencia", fueron desembarcados en Tocopilla, donde se los sepultó transitoriamente a los últimos.

El día 30 de ese mismo mes, la Sociedad Médica de Chile acuerda en sesión solemne, dirigir al padre del médico héroe una carta de pésame, en uno de cuyos párrafos su presidente expresa en forma textual: "En nombre de la Sociedad Médica de Chile, que tengo el honor de presidir y a la que perteneció por muchos años vuestro hijo, os doy el más sentido pésame como padre, a la vez que os felicito como chileno, por el lauro que él alcanzó para su frente, muriendo en defensa de la patria, en combate titánico y de memoria impercedera".

El 2 de junio de 1879, después de una ceremonia a la que asisten pueblo y autoridades, que se realiza en la Iglesia La Merced de La Serena, el cirujano de la "Covadonga" es sepultado en el cementerio de esa ciudad, cuna de su niñez y primera juventud.

En mayo de 1920 se hace realidad una sentida aspiración de la ciudadanía, la de ver que los restos del cirujano Videla fueran llevados a reunirse con los de aquellos con quienes compartiera el sacrificio de su vida.

El 18 de mayo de ese mismo año fondea en Coquimbo el crucero "O'Higgins" al mando del capitán de navío don Alfredo Sanhueza.

Después de una ceremonia en que hacen uso de la palabra el intendente de Coquimbo y el Dr. Víctor Grossi en representación de la Sociedad Médica de Valparaíso, se exhuman los restos del cirujano Videla y, luego de rendirles solemnes honras militares, son trasladados al puerto de Coquimbo, donde el cirujano de navío don Alberto Adriaola Azuero, hace entrega de la urna al comandante del "O'Higgins".

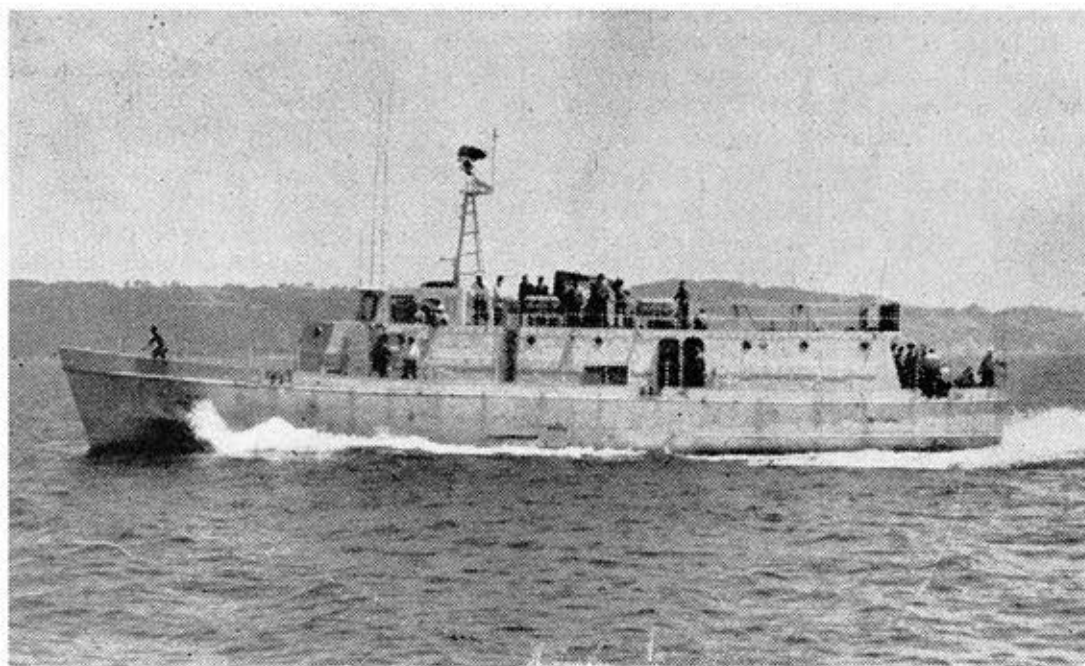
En este buque se le erige una capilla ardiente en la cámara del almirante y momentos después el "O'Higgins" zarpa rumbo a nuestro primer puerto.

El 21 de mayo en la mañana, llega el buque a Valparaíso. Luego de desembarcar los restos y previo un desfile cívico-militar por la ciudad, el comandante

Sanhueza entrega los despojos del cirujano Videla al capitán de navío don Arturo Acevedo, Gobernador Marítimo de Valparaíso y encargado de la custodia del monumento a los héroes de la Marina.

Antes de introducir la urna en el nicho de la cripta, pronuncian discursos: el ci-

rujano jefe de la Armada, don Alberto Adiazola Azuero, el Dr. Augusto Orrego Luco, el Dr. Víctor Dagnino, el Dr. Germán Valenzuela y los sobrevivientes del combate naval de Iquique Dr. Cornelio Guzmán y José Andaur, asistente de Videla en su corto pero glorioso paso por la Armada.



Lancha médico-dental "Cirujano Videla".